



## CAPITULO TERCERO.

### MEDIO PARTICULAR

PARA IMITAR Á JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE: VERLE Y  
ESTUDIARLE EN SU VIDA REAL.

En las primeras páginas de este libro, hemos procurado hacer que nazca en vosotros, *el deseo de semejaros á Jesús niño y adolescente.*

Y para excitar este deseo tan útil, tan honorífico, tan bueno, tan dulce y tan necesario, hemos tratado, —con más amor quizá que inteligencia,— de presentar á vuestro corazón más aun que á vuestra imaginación y á vuestro espíritu, no á Jesús mismo viviendo y obrando, sino la imagen de este niño divino.

Os hemos pedido que os representeis:

Lo que Jesús niño debía hacer en sí mismo: perfecto en todo su sér, en su exterior, en sus sentimientos y en sus acciones.

Lo que debía ser para vosotros: un maestro, un hermano, un amigo, un guía y una fuerza.

Lo que debéis hacer vosotros mismos para llegar á imitarle: frecuentar los sacramentos y orar á la Santísima Virgen, al Señor san José y á los Angeles custodios á quienes Dios le había confiado.

Y ahora, hé aquí á este *Jesús niño y adolescente* á cuya imitación aspira vuestro corazón.

Héle aquí *en su vida real.*

Héle aquí diciéndonos á todos: *Yo voy á mostráros mi alma, mi corazón y mis acciones; haced lo que yo hago.*

*No hay uno solo de los sentimientos de mi alma, ni uno solo de los afectos de mi corazón que vosotros no podáis tener en vuestra alma y vuestro corazón.*

*No hay una sola de mis acciones que vosotros no podáis imitar.*

Cierto es que los sentimientos y los actos de Jesucristo tendrán siempre una perfección que ni la naturaleza humana ni la naturaleza angélica podrán alcanzar jamás; pero todos esos sentimientos y esos actos tienen, por decirlo así, *un lado humano*, un lado fácil de ver, fácil de sorprender, fácil de probar y, con la gracia divina que no falta nunca al alma que la pide, fácil de imitar en un grado más ó menos elevado, según la gracia recibida y la correspondencia á esta gracia.

Jesucristo no consideró útil darnos á conocer las acciones de su vida oculta, como nos hizo conocer, por el santo Evangelio, las acciones de su vida pública; pero los doctores, basándose en estas palabras: *Je-*

sús ha comenzado á obrar por sí mismo; después ha enseñado, han podido decir que Jesús niño y adolescente practicó todas las virtudes que recomienda á la infancia y á la adolescencia.

Han podido, sin creerse temerarios, mostrar á Jesús niño y adolescente:

*Respetuoso hacia su Padre celestial, sumiso y obediente hacia sus padres de la tierra, bueno para con todos,*

Y proponerle como *modelo* á los niños y á los adolescentes á quienes dirigían, cada vez que les daban una orden, un consejo ó un dictamen.

Siempre pudieron decirles:

“*Este deber* que se os ha impuesto y que va á apremiaros para emprender un trabajo penoso durante largas horas,

Esta *orden* que se os ha dado y que no esperábais,

Esta *contrariedad* que viene súbitamente á interrumpir vuestros proyectos,

Este *sufrimiento* que clava su aguijón en vuestros sentidos, que hiere vuestra delicadeza ó desgarrar vuestro corazón,

Esta *privación* que se os exige por un accidente ó por una orden imprevista,

Este *servicio* que reclama un amigo ó á menudo un importuno, y que turba la regularidad de vuestra vida,

Este *sacrificio* que os cuesta y que, lo sabéis, agradecería á uno de los vuestros. . . . .

Todo eso se ha encontrado en la vida de Jesús niño y adolescente, como se encuentra en vuestro vida. . . . . Y Jesús no vaciló *en obedecer, en trabajar, en resignarse generosamente, en sufrir y en sacrificarse.*”

\* \* \*

Jesucristo, queriendo, en algunas palabras claras y precisas, darnos *una regla* que pudiese servirnos de guía á todos, cualesquiera que pudiesen ser *nuestra edad, nuestro estado de fortuna, nuestras relaciones, la extensión de nuestros conocimientos y aun el estado de nuestra salud*, ha dicho:

*Amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y al prójimo como á ti mismo.*

*En estos dos mandamientos se encierra toda la ley.*

¡Todo está allí!

Todo para Jesucristo, y todo para todos nosotros:

*Jesucristo ha amado á Dios su Padre.*

*Jesucristo nos ha amado.*

Y este amor es el que ha inspirado y explica:

Todos los sentimientos de su corazón, todas las palabras de sus labios, y todos los actos de su vida.

\* \* \*

¡Oh niños, oh adolescentes! vosotros para quienes *el afecto* compendia toda vuestra vida como compendió la de Jesús, venid á la escuela de este maestro y de este modelo, venid á aprender á amar y á sacrificaros.

## ARTICULO PRIMERO.

## Jesús niño y adolescente ha amado á Dios su Padre.

Jesús ha amado á Dios su Padre; encontró en sí mismo *la regla* de su amor y, para servirnos de guía la ha expresado en términos precisos y luminosos.

Héla aquí:

*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.*

¡Oh precepto dulce y atractivo, el más grande de todos!

El más grande por la majestad de su objeto: *Dios*.

¡Dios, el Sér infinitamente bello, infinitamente bueno, infinitamente rico é infinitamente poderoso; el Sér que nos ha hecho todo lo que somos, y sin el cual no tendríamos nada ni seríamos nada!

El más grande por la *nobleza del sentimiento* que manda: *el amor*, lo más elevado, lo más bello, lo más grande, lo más infinito que hay sobre la tierra y en el cielo, cuya dicha se resume toda en esta palabra: *amor*.

El más grande por *la extensión* de lo que pide: el Sér humano entero que se resume en el amor, que no es nada sin el amor, y que lo es todo por el amor.

El más grande por *el fin* hacia el cual dirige todas nuestras facultades: la gloria de Dios y nuestra dicha, dicha imposible si no tendemos perpetuamente al amor de Dios.

El más grande por *la pena* que lleva necesariamente en sí la infracción de este precepto: la perturbación, el desorden y el dolor comenzado en la tierra, y que va siempre aumentando durante la eternidad.

Precepto tan dulce para el *corazón* humano, que es de admirar el que se forme una ley de un sentimiento que por sí solo puede hacerle dichoso.—Amar á Dios, amar el bien sumo, la belleza suprema, ¿sería necesario mandarlo al corazón?

\*  
\* ‡

Jesús ha observado este precepto en toda su extensión, y es un verdadero goce para la inteligencia y para el corazón, estudiar la manera con que El lo ha observado.

Procuremos darnos cuenta del amor de Jesús hacia Dios su Padre.

Las primeras páginas serán quizá un poco vagas; ¡es tan difícil expresar con palabras lo que pasa en el alma solamente!—Seremos más prácticos cuando mostremos á Jesús niño y adolescente *exteriorizando* el amor que llenaba su corazón.

## I.

**Jesús niño y adolescente  
ha amado  
á Dios su Padre, con todo su corazón.**

1º.—*Le ha amado sin reserva.*

Desde el primer instante de su vida humana, *se ha entregado* á su Padre.

Sus primeras palabras fueron éstas: *Héme aquí, Padre, y conmigo todo lo que tengo; héme aquí dispuesto á todo lo que queráis.*

Y esta ofrenda fué la más completa, la más generosa, la más afectuosa, la más gozosa. . . . .

Y se renovaba á cada minuto, á cada latido del corazón de Jesús, y siempre con la misma dicha y la misma abnegación.

Nada había en Jesús que no fuese *de su Padre y para su Padre.*

Dios podía exigir todo de El, tomar todo de El, y hacer todo de El y por El.

Jesús estaba siempre dispuesto á escuchar, á aceptar y á obedecer.

2º.—*Jesús ha amado á su Padre sin participación.*

El amor de su Padre llenaba con su inmensidad el corazón de Jesús. Era para El una fuente inagotable de gozo, de paz, de contento y de satisfacción.

Dios era *todo* para El. Dios respondía á todas las aspiraciones de sus deseos, á todas las ternuras de su afecto y á todas las necesidades de abnegación que le ocupaban.

Jesús amaba á *su Madre*, porque todo lo bueno, tierno, afectuoso y abnegado que veía en ella, le venía de Dios; porque amándola, no solamente contentaba su corazón de niño, sino que contentaba también el corazón de Dios que se la había dado, y el amor á su Madre aumentaba en El su amor hacia Dios.

Jesús nos amaba á *nosotros*, porque amándonos, nos arrancaba al demonio y nos daba á Dios, aumentando así en cierto modo la dicha de Dios.

El corazón de Jesús consagrado del todo y unido íntimamente á Dios, recibía la plenitud de la ternura infinita de Dios, y nos la daba con un encanto, una delicadeza y una abnegación que podía hacer que se dijese de El: *Jamás criatura humana ha amado como El.*

## II.

**Jesús niño y adolescente  
ha amado á Dios su Padre, con toda su alma.**

El amor de Jesús hacia su Padre era un amor de *preferencia* y un amor de *benevolencia*.

El corazón se lanza hacia *la belleza* que le encanta, es atraído y retenido por *la bondad* que le hace dádivas, y se siente dichoso de ver, de contemplar, de

admirar, de alabar y de amar á aquel sér que le arrebató y le cautiva: ese es el amor *de benevolencia*.

Hay por parte del corazón más entusiasmo quizá que reflexión; pero, cuando el espíritu se une al corazón para amar con él, para gozar con él, para entregarse con él y para poner al que ama por encima de todo, el espíritu obra así porque ha visto, porque ha comprendido y porque se ha convencido: ese es el amor de *preferencia*.

Jesús conocía á su Padre; y la perfección que veía en El, y la plenitud de bienes, y la gloria inalterable, y el inagotable tesoro de gracias, de luz, de paz, de misericordia, de sabiduría y de justicia, arrebatában su espíritu, arrastraban su voluntad y le dejaban en un éxtasis de dicha.

Y esta superabundancia de bienes, excitando su admiración y su amor, le hacía exigir á todas las criaturas que alabasen, exaltasen, sirviesen y amasen á ese Dios tan infinitamente amable.

### III.

**Jesús niño y adolescente ha amado á Dios su Padre, con todas sus fuerzas.**

Jesús ha empleado todo el poder de su espíritu, toda la abnegación de su corazón, toda la actividad de sus miembros y todos los minutos de su vida, en dar á conocer á su Padre y en hacerle amar.

No ha retrocedido ante ninguna pena, ante ninguna fatiga, ni ante ningún sufrimiento; para alcanzar su objeto, le ha hecho amar hasta sufrir las humillaciones, las calumnias, las amarguras del corazón, las torturas y la muerte.

Era porque imitaba á Jesús, cuando san Pablo exclamaba: *¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿la aflicción? ¿las molestias? ¿el hambre? ¿la pobreza? ¿la persecución? ¿la muerte?—No, ni la muerte, ni la vida, ni la violencia, ni el infierno, ni criatura alguna me separará jamás del amor de Dios que está en Nuestro Señor Jesucristo.*

Todos los santos han pensado como san Pablo; todos, á ejemplo de Jesucristo, han empleado en el servicio de Dios todas sus potencias.

Todos se han complacido en repetir estas palabras de san Francisco de Sales: *Si yo conociera en mi alma, un solo hilillo de afecto que no fuese de Dios, en Dios y para Dios, lo cortaré inmediatamente.*

En presencia de esta perfección de amor, la verdad es que nos sentimos desalentados, y que decimos con tristeza:

*No hago aun más que entrever á Jesús, y me siento deslumbrado; no podré imitarle jamás.*

¡No, niños, no os desalentéis!

Dios quiere todo vuestro corazón, toda vuestra alma y toda vuestra voluntad, pero tales como son y como podéis y sabéis dárselos, en el medio material que os rodea, os penetra y á menudo paraliza vuestros deseos,

¿Queréis amar como Jesús? Pues bien, *decídselo á Dios*.—Decidle la pena que os causa lo poco que podéis consagraros á El; y dejad salir de vuestro corazón, tranquilas y apacibles, pero sinceras y resueltas estas palabras:

*Dios mío, yo os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, y con toda mi voluntad, con Jesús y por Jesús.*

*¿Con Jesús y por Jesús! ¿sabéis la fuerza que tienen estas palabras?*

Ellas unen vuestro corazón, vuestra alma y vuestra voluntad, al corazón, al alma y á la voluntad de Jesús.

Vuestro acto de amor adquiere toda la fuerza, toda la extensión y todo el poder ó el acto de amor que ejecuta Jesús.

Dios no nos oye sino por El y con El. Y todo el amor de que Jesús da testimonio á su Padre, toda la gloria que le procura y toda la dicha que le proporciona, sois vosotros, niños, quienes se la procuráis y se la proporcionáis, en virtud de vuestra unión con Jesús.

#### IV.

#### Jesús niño y adolescente vivía en la intimidad de Dios su Padre.

La intimidad es la consecuencia necesaria del amor.

Cuando se ama como Jesús amaba, con todo su corazón, con toda su alma, y con todas sus fuerzas, existe entre los seres amantes *una unión*, ó por me-

por decir, *una fusión* completa de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus deseos y de sus afectaciones.

Ya no son dos corazones, sino un solo corazón; ni dos almas, sino una sola alma; ni dos voluntades, sino una sola voluntad, y realizan aquella *unidad* que Jesús pedía á su Padre para nosotros, y de la cual nos mostraba el modelo en su Padre y en El: *Que sean uno como vos y yo somos uno.*

Desde el primer instante de la vida de Jesús, existió entre El y su Padre, ese estado de unión y de intimidad, de la cual habló más tarde cuando dijo:

*Yo hago todo lo que agrada á mi Padre; mi vida, mi sustento es la voluntad de mi Padre.*

No podemos comprender lo que era la intimidad que existía entre Dios y Nuestro Señor Jesucristo; pero vemos, en cierto modo, *la intimidad que puede existir entre Jesús y nosotros*, esa intimidad de la cual nos habla Jesucristo cuando dice de los que le reciben en la sagrada Comunión: *El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.*

*La intimidad* respecto de las cosas del alma y del corazón, es lo que sucede respecto de las riquezas: por ejemplo: *Dos personas asociadas depositan en una misma caja el dinero que poseen, teniendo una y otra la facultad de tomar todo lo que quieran y cuanto quieran.*—El tesoro pertenece á las dos igualmente.

*Tened en vosotros*, nos dice san Pablo, *los sentimientos de Cristo Jesús.* Hé allí la intimidad.

Jesús nos dice: *Todo lo que hay en mí es para tí, y os da el derecho de ofrecer en favor de vosotros á Dios su Padre, todo lo que ha sufrido y todo lo que ha merecido.*

Orad con El, pedid con El y sufrid con El.

A vuestro turno decid á Jesús: *Todo lo que hay en mí es vuestro, y dejadle en libertad para que os dé y os quite todo lo que quiera.*

La intimidad, entre dos personas, es la imposibilidad de hallarse y de hacer algo la una sin la otra.

Las relaciones de un niño con su madre nos darán una idea de la intimidad que puede y que debe existir entre nosotros y Jesús, cualesquiera que sean nuestra edad, nuestra ciencia y nuestra posición.

El niño tiene hambre, y luego exclama: *Madre, dame pan.*

El niño tiene que hacer un trabajo: *Madre, ayúdame.*

El niño ha cometido una falta: *Madre, perdóname.*

El niño ha sido maltratado: *Madre, mira lo que me han hecho.*

El niño tiene miedo: *Madre, ven conmigo.*

El niño no sabe: *Madre, enséñame.*

El niño se ha portado bien: *Madre, abrázame.*

El niño es dichoso: *Madre, ¡qué contento estoy!*

*Todo con ella, nada sin ella.*

¡Hé allí tal cual es *nuestra intimidad* con Jesús Salvador!

Ella existe entre la madre y el niño, mientras éste permanece inocente, sin sentir la necesidad de ocul-

tarse á los ojos de aquélla, ni de esquivar su presencia.

Existirá entre Jesús y nosotros, mientras permanezcamos inocentes; y si hemos cometido alguna falta, mientras no escuchando al demonio que nos impele á ocultarnos, vayamos hacia El, con el corazón contrito y arrepentido á decirle: *¡Perdonadnos!*

Niños, niños, buscad á Jesús, llamad á Jesús, aclamad á Jesús.

Trabajad con El, sufrid con El, amad con El.

¡Oh, qué dichosos seríais si el recuerdo de Jesús, presente siempre á vuestro espíritu y á vuestro corazón, siguiéndoos por donde quiera é iluminándoos con su dulce claridad, os permitiese decir, como decía un niño piadoso: *Yo no puedo pasarla sin Jesús!*

## V.

### Jesús niño y adolescente oraba continuamente á Dios su Padre.

La palabra *oración* en su sentido más extenso, indica *la elevación del alma hacia Dios, la tendencia habitual de buscar á Dios, la dicha de vivir con Dios por medio de la adoración, de la sumisión y del amor.*

Es lo que nos pide Jesucristo mismo con estas palabras: *Es preciso orar siempre; es preciso no cesar jamás de orar.*

Ese estado toma el nombre de *recogimiento*, porque

la voluntad recoge todas las facultades del alma: *la inteligencia, la memoria, la imaginación, el amor y aun todos los sentidos materiales*, para rendir homenaje á Dios, y las pone generosa y plenamente á su disposición.

En un sentido más común, la palabra *oración* indica *una aproximación más directa del alma hacia Dios, para adorarle, amarle, darle gracias y pedirle, aproximación que se verifica en diferentes momentos de la vida.*

1º El alma de Jesús, viviendo continuamente en la intimidad de Dios, vivía así en una oración y en un recogimiento perpetuos.

Las cosas exteriores impresionaban sus sentidos como impresionan los nuestros, pero no le desviaban del pensamiento de Dios.

Usaba de ellas según las necesidades de su vida material, pero aquéllas jamás dominaban su vida.

Las procuraba ó dejaba que le viniesen, según lo demandaban la caridad, la amistad ó la simple conveniencia, pero no absorbían ni su corazón ni su espíritu.

Hablaba, escuchaba, obraba, sonreía y se mezclaba en todo lo que podía ser para El ocasión de hacer bien ó de agradar, pero siempre bajo la mirada de Dios, y con el pensamiento de cumplir la voluntad de Dios.

¡Oh dulce y santa vida de Jesús! ¡cuánto me complazco en veros, en contemplaros y admiraros! y cómo esta simple vista me circunda de dicha, de paz,

de goces divinos, y excita en mí el deseo de vivir como vos!

¡Y yo puedo hacerlo, oh Niño Jesús! Lo puedo como otros tantos niños á quienes amábais como me amáis, y á quienes dábais, como á mí, luz y fuerza para que su alma os desease siempre, como su corazón desearía siempre la presencia de su madre.

¿No decía el padre de san Francisco de Sales, acerca de éste: *Más es de Dios que mío?* ¿y el pequeño santo no exclamaba: *¡Qué feliz soy! Dios y mamá me quieren mucho?*

El vivía en la intimidad de Dios y de su propia madre.

2º Jesús tenía, durante el día y aun durante la noche, horas especiales que consagraba más completamente á Dios; son ésas las que llamamos horas de oración y sobre las cuales debía Jesús darnos más tarde prácticas enseñanzas: "Cuando queráis orar, dice, *retiraos aparte, cerrad la puerta de vuestro aposento y orad á vuestro Padre en secreto.*"

Eso es exactamente lo que hacía Jesús niño.

Se retiraba aparte, se arrodillaba, algunas veces se prosternaba, y allí. . . . .

¡Oh! ¿quién dirá lo que pasaba en su alma? ¿quién revelará las palabras que salían de sus labios? ¿quién mostrará el respeto que exteriormente le anonadaba ante su Padre?

Angeles custodios de Jesús, y vos, oh María su Madre, vos san José, que tan á menudo fuisteis tes-



tigos de la oración solitaria de Jesús, ¿podríais decirnos qué impresión hacían en vosotros su actitud respetuosa, su rostro resplandeciente y sus miradas que veían á Dios?

\* \* \*

Sigamos á Jesús en su oración.

#### I.—ORACIÓN Á SOLAS DE JESÚS.

##### 1. Comencemos por *la oración de Jesús al despertar.*

El sueño de Jesús no le separaba de Dios; sus ojos estaban cerrados, sus sentidos se habían como alejado de las cosas materiales, pero su corazón velaba siempre cerca de Dios;—pequeña lámpara perpetuamente encendida, ningún soplo venía á debilitarla; y por la mañana, cuando Jesús abría los ojos, era su corazón el que se mostraba á Dios siempre más bello, más grande y más misericordioso; y sus labios exclamaban: *¡Padre mío, Padre mío, héme aun aquí!*

¡Oh niños! Vosotros también, al despertar decid á Dios: *¡Padre mío, Padre mío!*

Tened un crucifijo y una imagen de la Santísima Virgen en vuestra cabecera, y que sean éstos los primeros objetos que encuentren vuestras miradas; y que de vuestros labios, como de los de Jesús, se escapen estas palabras: *¡Padre mío! ¡Madre mía!*

Por la mañana, decía el cura de Ars, es preciso hacer lo que el niño que está en la cuna; luego que

abre los ojos, busca á su madre por la casa y le sonríe en cuanto la divisa, y llora cuando no la ve.

##### 2.—*La oración de Jesús durante el día.*

Indudablemente que la oración de Jesús era continua, pero había momentos, durante el día, en que la dirigía á su Padre con palabras amantes, sumisas y llenas de devoción.

Era la oración del *niño* que siente la necesidad de demostrar su amor;

La oración del *siervo* que se consagra y ofrece con generosidad para sacrificarse siempre más y más;

La oración de la *criatura* que reconoce todo lo que debe á su Criador, y que le adora, le da gracias, y gustoso se coloca bajo su dependencia;

La oración de la *víctima* que se ofrece para reparar, expiar y pedir.

Había entre Jesús y su Padre como un cambio perpetuo; *de parte de Jesús*: humildad, reconocimiento, ofrenda y expiación; *de parte de su Padre*: aceptación, glorificación, perdón y misericordia para los pobres pecadores.

Niños, no os contentéis con vuestra *oración de las mañanas*. Ella no basta al corazón que ama; no basta sobre todo para mantener en el alma *la vida sobrenatural*, que nos hace vivir en intimidad con Dios y nos asegura su afecto particular.

La vida sobrenatural, como la vida material, necesita poco más ó menos *aspirar y respirar* continuamente.

Si la una necesita *aire*, la otra necesita de Dios.

El alma *debe aspirar* á Dios, atraerle y hacerle vivir en ella; es preciso que *Dios exista* en todos sus pensamientos y en todas sus afecciones.

El alma debe *respirar* á Dios: presentar á Dios en torno suyo, y hacerle penetrar en el alma de los demás por el fulgor que deja escapar de los ojos, del cuerpo que ella anima, y por las palabras que deja salir de los labios.

La vida sobrenatural se alimenta por lo que llaman los santos *oraciones jaculatorias*. Son éstas unas frases piadosas, cortas y amantes que salen del corazón y van directamente hacia Dios.

3.—*La oración vespertina de Jesús antes del descanso de la noche.*

La hora de la caída de la tarde, la que precede al sueño, tiene algo misterioso y divino.

Los seres creados desaparecen, el silencio exterior se produce, Dios nos parece más solo y más próximo, y se oye su voz más distintamente.

“El alma que durante el día parece haberse *extendido* en lo exterior, atraída y cautivada por los objetos sensibles, vuelve sobre sí misma, y aumenta en proporción de todo lo que ha perdido.

“En el día conversamos con los hombres; en la noche Dios y los ángeles conversan con nosotros.”

Jesús gustaba de orar á esa hora de la tarde; y el Evangelio nos señala muy especialmente la oración que hacía durante el silencio de la noche.

¡Cuán piadosa, amante y agradecida debió ser la oración que hacía el Niño Jesús, todas las noches, junto á su lecho.

Niños, arrodillaos como El y en unión suya; miradle orar, y vuestra alma, dice san Francisco de Sales, se llenará de El; imitaréis su modo de unir las manos y de bajar los ojos; conformaréis vuestras palabras con las suyas. Los niños, á fuerza de oír á sus madres y de balbutir con ellas, aprenden á hablar su lenguaje; permaneciendo cerca del Salvador, mientras que ora, aprenderéis lo que es preciso decir á Dios y cómo es menester decirlo.

*Dad gracias* á Dios por el día que os ha concedido, *pedidle* perdón de vuestras faltas y *rogadle* que os conserve puros durante las largas horas de la noche.

Después, dormid, en compañía de vuestro ángel de la guarda, como dormía el Niño Jesús.

Ved el gracioso cuadro que, acerca del sueño de Jesús, nos ha dejado la pluma piadosa y delicada de un obispo:

«Oh Salvador mío! ¿quién describirá la nobleza, la gravedad, la sencillez, la modestia y la gracia de vuestra actitud, durante las horas en que dormíais; la majestuosa serenidad de vuestra frente, la incomparable belleza de vuestro rostro, la armonía con que estaban dispuestos todos vuestros miembros, las palpitations regulares de vuestro pecho y la pureza exquisita de vuestro aliento? Jamás la noche de es-

tío, tibia, estrellada, límpida; jamás el lago en el cual la brisa ni aun va á rizar la superficie; jamás sueño de niño alguno ha dado á un alma poética y contemplativa una idea de quietud tan perfecta y tan arrebatadora como ese sueño en que nuestro amor os ve sumergido.»—(Mons. GAY.)

## II.—ORACIÓN DE JESÚS EN FAMILIA.

Es hermoso, en la noche, después de tomado el último alimento, ver al padre, á la madre, á los niños y á los sirvientes de la casa, arrodillarse á los pies del crucifijo para dirigir todos, al Padre que está en los cielos, la última oración del día.

Jesucristo ha dicho en su Evangelio, que el *Padre celestial* viene á presidir esta piadosa reunión.

En Nazaret, todas las noches, tenía lugar la unión de Jesús, de María y de José mezclando su voz que adoraba, que daba gracias, que ofrecía y que suplía.

Jesús comenzaba, Jesús inspiraba; María y José continuaban.

Esa pequeña y pobre casa era el templo más grande y más rico, del cual subían hacia Dios, los homenajes más santos y más gloriosos.

\* \*

1. Esta costumbre de la oración en comunidad era general en otro tiempo entre las familias. Niños,

de vosotros dependería que reviviese. ¿Por qué no habríais de exigirla vosotros á quienes nada se rehusa?

Hay una cosa que Jesús no tenía que hacer al lado de su padre y de su madre, y que pide de vosotros: ser *apóstoles*, es decir, llevar y acercar á Dios á los que os aman y que quizá le olvidan.

Pedid, pues, á los vuestros la oración de la noche en comunidad. Insistid, prometed y sed más obedientes, más afectuosos y más laboriosos; no os intimide la primera repulsa; comenzad de nuevo todos los días, pedid con una caricia y acabaréis por obtener lo que deseáis.

\* \*

Y después de esta *oración de la noche en familia*, ved á Jesús, no sólo en los días de su infancia, sino en su adolescencia, y todos los días, cuando le abrigaba el mismo techo que á María su madre y á José su padre; vedle arrodillarse piadosamente ante sus amados padres, pidiéndoles su bendición y recibiendo sobre su frente el beso que hace tan apacible la noche de un niño, al mismo tiempo que se extendían sobre su cabeza, para bendecirle, las manos de María y de José, trémulas de emoción.

Dichosas las casas en las cuales los padres dan la *bendición* á sus hijos antes de que llegue la hora del sueño, haciendo sobre su frente *la señal de la cruz*.

No es ésta una usurpación de los derechos reser-

vados al sacerdocio; los padres y las madres tienen el derecho *de bendecir* á sus hijos; *La bendición del padre*, dice el Espíritu Santo, *afirma la casa de sus hijos*; y esta bendición es más que un deseo, es una plegaria que va á tomar en el corazón de Dios lo que quiere dar, engrandece á los que la dan, y jamás deja de aprovechar á los que la reciben.

## VI.

Jesús niño y adolescente  
oía leer y leía Él mismo los Santos Libros.

La lectura de los *Libros Santos*, llamados también *Divinas Escrituras*, era una parte necesaria del culto religioso en la nación judía.

No había una sola familia que no poseyese, por lo menos, una copia de los trozos más bellos de esos libros inspirados; que no los conservase con un respeto religioso, y que frecuentemente, sobre todo en los días del sábado, no oyese su lectura, verificada ordinariamente por el jefe de la casa.

Los niños aprendían á leer en esos libros.

Al tratar de transcribirlos aprendían á escribir.

La familia de Nazaret diariamente llevaba á cabo esa lectura bendita.

María era la que leía á Jesús *niño*, y El, arrodillado junto á su madre que estaba sentada y tenía el manuscrito sagrado en las manos, escuchaba con

las manos juntas, como en actitud de hacer oración.

Jesús *adolescente* era el que daba lectura á su madre y á su padre, y éstos, recogiendo de sus labios las palabras inspiradas, sentían ilustrarse más su inteligencia, y llenarse su alma de algo más divino.

Más de una vez, cuando la lectura se extendía sobre las páginas de Isaías que hablaban del Mesías, de su misión, de su gloria y de sus ignominias, Jesús que leía, y María y José que escuchaban, que veían y comprendían todo, permanecían algún tiempo silenciosos y conmovidos.

Más de una vez, cayeron lágrimas de los ojos de Jesús, cuando leía en Jeremías estas palabras que predecían los dolores de su Madre: *¿A quién te compararé yo, Virgen, hija de Sión? Inmenso como el océano es tu dolor! ¿Quién podrá consolarte?*

\* \* \*

1. Ama, hijo mío, la lectura de los *Santos Libros*, de la *Biblia* que toda casa cristiana debe tener en primera línea entre sus libros amados.

Ama los libros del *Antiguo Testamento*, del *Nuevo Testamento* y del *Santo Evangelio sobre todo*; lee con amor sus páginas que te hablan de Jesús por todas partes, especialmente aquéllas que refieren la vida y las enseñanzas del divino Salvador,